

la paz de la Iglesia. Véase la adición al artículo ASEIDAD.

**Nona.** V. HORAS CANÓNICAS.

**Norte.** Nueve siglos de trabajos fueron necesarios para atraer al cristianismo á los pueblos del Norte. Los borgoñones y los francos lo abrazaron en el siglo V, despues de haber pasado el Rin; en el VI se comenzó á enviar misioneros á Inglaterra y á otros países, pero no se finalizó la obra hasta el XIV por medio de la conversion de los pueblos de la Prusia oriental y de la Lituania.

En el artículo MISIONES EXTRANJERAS, hemos notado ya la malignidad con que los protestantes han afectado denigrar los motivos y la conducta de los misioneros en general, y el cuidado que pusieron los incrédulos en copiar estas mismas calumnias; pero conviene leer por menor lo que ha escrito Mosheim acerca de las misiones del Norte en los diferentes siglos, pues no hizo mas que presentar un retrato fiel de la opinion que concibieron de ellas todos los protestantes.

Conviene todos los escritores en que, en el siglo III, la conversion de los godos y la fundacion de las principales iglesias de la Galia y de la Germania, fueron obra de las virtudes y buenos ejemplos que dieron los misioneros que fueron enviados á estos países; mas pretende Mosheim que en el V los borgoñones y los francos se hicieron cristianos, á causa de la ambicion de tener por protector de sus armas al Dios de los romanos, porque le suponian mas poderoso que los suyos, y que se emplearon, ó se hizo uso de falsos milagros para persuadirse.

Pronto veremos qué es lo que se debe entender por los falsos milagros de que habla Mosheim; pero hubiera debido probar que los catequistas de los borgoñones y de los francos no les propusieron mas motivos de conversion que el poder del Dios de los cristianos acerca de la suerte de las armas. El siglo V no fué para las Galias un tiempo de ignorancia y de tinieblas, pues se vió aparecer entonces con esplendor á Severo Sulpicio, Casiano, Vicente de Lerins, S. Hilario de Arles, Claudio Mamerto, Salviano, S. Avito, Sidonio Apolinar, etc. El motivo que Mosheim ha atribuido á los bárbaros que abrazaron por aquel tiempo el cristianismo, no se apoya mas que en el testimonio de Sócrates, historiador griego muy mal instruido de cuanto pasó en el Occidente. Véase su *Historia eclesiastica*, l. 7, c. 30, y la nota de Paqi.

Juzga que en el siglo VI los anglo-sajones, los pictos, escoceses, turingios, bávaros y bohemios se vieron obligados á abrazar el cris-

tianismo por medio del ejemplo y autoridad de sus reyes ó de sus jefes; que á decir verdad no hicieron mas que cambiar una idolatria en otra, sustituyendo á la adoracion de sus idolos el culto de los santos, de las reliquias é imágenes; que los misioneros no escrupulizaron en darles fenómenos naturales por milagros.

Hé aquí en qué consisten los falsos milagros de que Mosheim habló anteriormente; eran fenómenos ó acontecimientos naturales, pero que aparecieron maravillosos y dirigidos expresamente por la Providencia en favor del cristianismo. Los misioneros, que nada eran menos que hábiles físicos, pudieron, sin embargo, ser engañados muy fácilmente, y los bárbaros, todos ellos muy ignorantes, fueron engañados por medio de dichos fenómenos. Si aquí hubo error, no fué por malicia, ni tampoco un fraude piadoso de los misioneros. ¿En qué se funda Mosheim para suponer que la santa ampolla venida del cielo en el bautismo de Clodoveo, fué un fraude piadoso imaginado por S. Remigio? Los misioneros no son tampoco reprehensibles por haberse dedicado á instruir á los reyes, y estos son laudables por haber empeñado á sus súbditos á profesar una religion que no es menos útil á los que obedecen que á los que mandan. Los apóstoles no se desdijeron de emplear este medio para establecer el Evangelio; S. Pablo predicó á presencia de Agripa, y convirtió al procónsul de Chipre, Paulo Sergio; Abgaro, rey de Edesa, fué atraído á la fe por un discípulo de Jesucristo. Lutero y sus compañeros supieron demasiado bien prevalerse de este medio, pues de otra suerte no hubieran conseguido nada; si no es legítimo, Mosheim debe abjurar el luteranismo. ¿No ha repetido Lutero mas de cien veces que sus progresos eran un milagro? ¿Qué crimen han cometido los misioneros del Norte, que no haya sido imitado por los reformadores? En cuanto á la acusacion de idolatria que Mosheim dirige á los católicos, es un absurdo que hemos refutado y refutaremos en varias otras partes de esta obra. V. CULTO, IDOLATRÍA, MÁRTIR, PAGANISMO, SANTOS, etc.

Tampoco tiene mejor opinion acerca de la conversion de los bátavos, de los frisonos, flamencos, de los francos orientales, y de los de Westfalia, que se verificó en el siglo VII. Unos, dice, fueron sobornados por medio de las insinuaciones y artificios de las mujeres, y otros fueron subyugados por el temor de las leyes penales. A los monjes ingleses, irlandeses y demás que desempeñaron estas misiones, no tanto les animó el deseo de ganar almas para Dios, como

la ambicion de llegar á ser obispos y arzobispos, y dominar á los pueblos que habian subyugado.

Antes de hablar del apostolado de las mujeres, Mosheim hubiera debido acordarse de lo que hicieron en favor de la reforma Juana de Albret en Francia, é Isabel en Inglaterra; no siendo su celo en verdad ni tan puro ni tan caritativo como el de las princesas del siglo VII, nadie ignora hasta qué punto las leyes penales influyeron en el establecimiento del nuevo Evangelio. El título de *eclesiástico de Wirtemberg* que se arrogó Lutero, el papel de legislador espiritual y temporal que Calvino desempeñó en Ginebra, los altos puestos de superintendentes de las iglesias, de jefes de las universidades, etc., que poseyeron los demás predicantes, eran mucho mas lucrativos y fastuosos que el episcopado en el siglo VII entre unos bárbaros recién convertidos. Los misioneros que llegaban á ser obispos, estaban de continuo en peligro de ser asesinados, y muchos con efecto lo fueron. S. Columbano, uno de los principales apóstoles de Alemania, no fué nunca obispo, se contentó con ser monje, y la mayor parte de los demás tampoco se elevaron á mayor altura. Si Mosheim se hubiera tomado el trabajo de leer la *Conversion de la Inglaterra comparada con su pretendida reforma*, habria visto la diferencia que hay entre los misioneros del siglo VII y los predicantes de la reforma.

Además, S. Pedro estableció su silla episcopal en Antioquia y despues en Roma, Santiago en Jerusalem, S. Marcos en Alejandria, y S. Juan en Efeso; ¿les acusaremos de ambicion, porque fueron obispos? Que se nos haga ver en qué ha sido la autoridad de los obispos misioneros mas suntuosa ó mas absoluta que la de los apóstoles y de sus discípulos.

El siglo VIII fué testigo de los trabajos de S. Bonifacio en la Turingia, la Frisia y la Hesse. Este santo arzobispo fué condenado á muerte por los frisonos, con cincuenta de sus compañeros. Otros predicaron en la Baviera, la Sajonia, en la Suiza y en la Alsacia. Mosheim dice que S. Bonifacio habria merecido con justicia el título de *Apóstol de la Alemania*, si no hubiera amado mas la potestad y dignidad del pontífice romano que la gloria de Jesucristo y de la religion; que empleó la astucia y la fuerza para subyugar á los pueblos; que manifestó en sus escritos mucho orgullo, preocupacion en favor de los derechos del sacerdocio, é ignorancia del verdadero cristianismo.

Si por *verdadero cristianismo*, entiende Mosheim el de Lutero ó de Calvino, convenimos en que S. Bonifacio y sus compañeros no le conocian, pues no nació sino ochocientos años despues de ellos. Por medio pues de su respeto, por su obediencia y por su adhesion al pontífice romano, fué cómo el apóstol de la Alemania probó su orgullo. Declaramos que los reformadores han demostrado el suyo de un modo enteramente distinto. Pero quisiéramos saber con qué recompensa ha pagado el papa los trabajos y el martirio de los misioneros; por qué clase de magia ha hechizado á unos monjes, hasta el punto de arrostrar la muerte y los suplicios para satisfacer su ambicion; ó por qué suerte de vértigo estas desgraciadas víctimas han querido mas bien morir por el papa, que no por Jesucristo. Mas abajo veremos que los incrédulos han copiado palabra por palabra esta calumnia de Mosheim, y la han aplicado á los apóstoles. V. ALEMANIA.

La conversion de los sajones, durante este mismo siglo, dió lugar á una censura mucho mas amarga. Sobre la palabra de Mosheim y de otros protestantes, nuestros filósofos han escrito que Carlo Magno hizo la guerra á los sajones, con el objeto de obligarlos á abrazar el cristianismo; que les envió misioneros defendidos por un ejército; que plantó la cruz sobre montones de cadáveres, etc. Esta acusacion ha llegado á ser un acto de fe entre nuestros disertadores modernos. La simple exposicion de los hechos demostrará su falsedad.

Antes de Carlo Magno, los sajones no habian cesado de hacer irrupciones en las Galias, y de acometer á las provincias á sangre y fuego; y continuaron haciendo lo propio bajo su reinado. Batidos por tres veces, esperaron aplacar á su vencedor prometiendo hacerse cristianos. Se les mandó misioneros, y no soldados. Despues de concluido este tratado, volvieron todavía á tomar las armas cinco veces, y fueron otras tantas batidos y obligados á pedir la paz. Fácil es comprender cuánta sangre se derramaria en ocho guerras consecutivas, durante el espacio de treinta años; ¿mas fué derramada por defender á los misioneros? Por lo comun eran las primeras víctimas del furor de los sajones. *Historia universal por los ingleses*, t. 30, edicion en 4º, l. 23, secc. 3.

El objeto de estas guerras fué constantemente el mismo; á saber: las incursiones, el robo, la perfidia de estos pueblos, y la violacion continua de sus promesas. Por fin, despues de haber reincidido tres veces por su

parte, fué cuando los grandes del reino, en una asamblea celebrada en el mes de mayo, tomaron esta resolucion terrible, contra la cual se ha declamado tanto: « Que el rey atacase en persona á los sajones pérfidos é infractores de los tratados; que por medio de una guerra continua fuesen exterminados, ó les obligase á someterse á la religion cristiana. »

Para hacer odioso este decreto, se comienza por suponer que Carlo Magno era el agresor; que ambicionando extender su imperio, ó á causa de un celo religioso mal entendido, habia atacado el primero á los sajones, quienes no querian sino vivir libres, independientes y pacíficos entre si. Esta es una impostura grosera. Cuando los germanos y los francos pasaron el Rin para invadir las Galias, dos emperadores romanos iban á incomodarlos á sus selvas? Cuando los normandos vinieron á saquear nuestras costas, ¿nuestros reyes habian enviado flotas á Noruega para atentar contra su libertad? Los sajones habian sido batidos y hechos tributarios por Carlos Martel en 723, por Pepino en 743, 745, 747 y 750. Luego no era Carlo Magno el agresor, cuando se insurreccionaron el año 769, al principio de su reinado. *Historia universal, ibid.*, seccion 1<sup>a</sup> y 2<sup>a</sup>.

Despues de infringir por tres veces los tres tratados hechos con este principe, los sajones merecian seguramente ser perseguidos á todo trance. Carlo Magno, concluida la asamblea de 775, les dejó elegir entre ser exterminados, ó cambiar de costumbres haciéndose cristianos, cuyo último partido habian ellos mismos prometido abrazar. ¿Era acaso una injusticia ó crueldad el obligarlos á poner en ejecucion su promesa, á fin de convertir á semejantes tigres en hombres? Si los sajones se hicieron aun batir cinco veces, cuya fué la culpa, y es un absurdo decir que la sangre fué derramada para asegurar el éxito de los misioneros; es evidente que el interes iba incluido en el celo por la religion. En fin, el éxito probó que este interes no era mal entendido, pues los sajones, una vez subyugados y convertidos, se civilizaron, vivieron en paz y dejaron tranquilos á sus vecinos.

En el siglo IX, bajo el reinado de Luis el Piadoso, los cimbrios, los daneses y los suecos fueron instruidos en la fe cristiana por S. Ausberg y S. Ansgario, sin armas, sin violencia y sin leyes penales. Nuestro historiador se ha visto en la precision de hacer justicia á las virtudes de estos dos monjes, con especialidad á las del último; teniendo á bien

darle el título de *santo*, á pesar de haber sido obispo de Hamburgo y de Brema.

Los búlgaros, los bohemios, los moravos, los esclavones de la Dalmacia y los rusos de la Ukrania fueron atraídos al cristianismo por griegos. Mosheim no los ha vituperado, y solo dice que estos misioneros comunicaron á sus prosélitos una religion y una piedad bien diferentes de las que los apóstoles habian establecido; pero confiesa que estos hombres, aunque virtuosos y piadosos, se vieron obligados á usar algun tanto de indulgencia para con los bárbaros, que eran todavía muy groseros y feroces. ¿Por qué esta excusa no ha tenido lugar en favor de los misioneros latinos, igualmente que de los griegos? La razon es porque estos últimos no eran emisarios del papa; por tanto, merecieron ser absueltos por los protestantes en punto á la imperfeccion de las misiones.

En el siglo X, Rollon ó Roberto, jefe de los normandos, pueblo sin religion que habia assolado la Francia por espacio de un siglo, recibió el bautismo, y obligó á sus soldados á seguir su ejemplo; á lo que condescendieron, dice Mosheim, por medio del aliciente de las ventajas que les reportaba. Quizá sea así; mas cualquiera que fuese el motivo de su conversion, lo cierto es que puso fin á su género de vida propia de salteadores.

Segun afirma nuestro historiador, Micislao, rey de Polonia, empleó las leyes penales, las amenazas y la violencia para acabar de convertir á sus súbditos; Estéban, rey de los húngaros y de los transilvanios, usó de los mismos medios, como tambien Heraldo, rey de Dinamarca. Estos hechos están muy mal probados. Mosheim añade que Wolodomiros, duque de los rusos, obró en este asunto con mas suavidad. Tambien aquí se echa de ver la parcialidad. Como los rusos se agregaron á la Iglesia griega, la cual sacudió el yugo de los papas, y los demás pueblos se sometieron á la romana, fué necesario que un protestante protegiese á los primeros con detrimento de los segundos. Hé aquí toda la diferencia.

Durante el siglo XI, los habitantes de la Prusia asesinaron muchas veces á sus misioneros; y no se les sujetó hasta el siglo XIII por los caballeros de la orden Teutónica. En el XII, Waldemaro, rey de Dinamarca, obligó á los eslavos, á los suevos y vándalos á que se hicieran cristianos; Erico, rey de Suecia, tambien obligó á los finlandeses; y los caballeros de la Espada redujeron á los livonios. Sea así; Mosheim reconoce que los pomeranos fueron convertidos por los trabajos de

Otton, obispo de Bamberg; y los eslavos por la perseverancia de Vicelino, obispo de Altemburgo. Hé aquí al menos dos obispos á quienes no acusa de violencia alguna. Por consiguiente, hay que distinguir las misiones emprendidas por puro celo de las que son dirigidas por la política y razon de Estado.

No dudamos que unos militares, tales como los caballeros de la Espada y los de la orden Teutónica, hayan obrado para con bárbaros á quienes era preciso civilizar con toda la altanería y dureza propias de su profesion, y con la dureza característica de las costumbres septentrionales; pero este defecto no recae ni sobre los obispos, ni sobre los misioneros, ni sobre la religion. Tan luego como el interes político se mezcla en este asunto, los reyes y sus ministros no se creen ya obligados á consultar el espíritu del cristianismo, todo cede ante la razon de estado; las leyes y las penas parecen un camino mas corto y mas eficaz que la persuasion. Cuando la generalidad de las naciones del Norte hubo abrazado el cristianismo, se miró á los pueblos que se resistian aun, como á un resto de rebeldes á quienes era preciso subyugar por medio de la fuerza. No hacemos la apología de semejante conducta; pero tampoco es á un protestante á quien conviene vituperarla. Volvemos á repetir que debia acordarse de que la reforma no se ha establecido sino por estos medios, y que si no hubiera apelado á ellos, no hubiera llegado á conseguir el ahuyentar el cristianismo de la mayor parte de los reinos del Norte. Véanse las adiciones á los artículos GUERRAS DE RELIGION, INTOLERANCIA.

Esta sencilla exposicion de los hechos basta ya para confundir á Mosheim y sus copistas; pero hay que presentar algunas reflexiones generales acerca de su proceder, como tambien de las consecuencias que de él dimanar.

1<sup>o</sup> Este escritor, aunque muy ilustrado por otra parte, no ha visto que daba armas á los incrédulos para atacar á los apóstoles; que daba lugar á un paralelo injurioso entre su conducta y la de los misioneros, á los que ha infamado. Así que no ha habido una sola acusacion dirigida contra estos últimos, que no haya sido aplicada por los deístas á S. Pablo y á sus cólegas. Dijeron que este Apóstol habia abrazado el cristianismo, á fin de hacerse jefe de partido; que el único móvil de su celo era la ambicion de dominar sobre sus prosélitos; que se ven en sus Epístolas muchos rasgos de orgullo, de altanería, de envidia y preocupacion por los privile-

gios del apostolado y del sacerdocio; que cometió un fraude piadoso ó un error, al decir que era fariseo; que sus milagros eran falsos, etc. Para probarlo, se escribió *ex professo* un libro intitulado: *Exámen crítico de la vida y escritos de S. Pablo*; parece apoyado en las ideas y estilo de Mosheim. En el artículo SAN PABLO, refutaremos esta obra impia, mas no convenia á un protestante que profesaba el cristianismo haber dado el bosquejo de semejante obra.

2<sup>o</sup> Tampoco se apercibió de que sugeria además á los incrédulos contra la religion cristiana un argumento á que él no hubiera podido responder. En efecto, si esta religion es divina, si Jesucristo es Dios, si prometió asistir á su Iglesia hasta el fin de los siglos, ¿cómo es posible que para propagar su Evangelio se sirviese de hombres tan reprensibles como Mosheim ha pintado á los misioneros, y de un medio tan odioso como es la ambicion de los papas? Esto era suministrar á los bárbaros un nuevo motivo de incredulidad, no dándoles por catequistas sino á hombres que ne tenían signo alguno de un verdadero apostolado, á unos monjes ignorantes, supersticiosos, falaces, y que se interesaban mas bien por la dignidad del romano pontífice que por la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas. Por consiguiente, ¿era este un plan digno de la Sabiduría eterna?

Pero los protestantes han tenido á bien declamar contra los papas; á la ambicion pretendida de estos últimos es á la que el Norte es deudor de su cristianismo, de su civilizacion, de sus luces, y la Europa de su reposo y de su felicidad. Si las naciones del Norte no hubieran sido cristianas, los emisarios de Lutero no habrian podido hacerlas protestantes, ni ninguno de ellos hubiera ido á predicar á los infieles: se han contentado con pervertir en la Iglesia á los hijos que esta habia engendrado en Jesucristo. Véase la adición al artículo BÁRBAROS.

3<sup>o</sup> Queriendo formar causa á los misioneros, ha cubierto de ignominia á los doctores de la pretendida reforma. Estos últimos ¿han manifestado por ventura un celo mas puro y mas desinteresado, mas caritativo y sufrido que los apóstoles del Norte? Los reformadores no predicaban por adhesion al papa, sino al contrario, en virtud de un odio furioso contra él; no adquirieron riquezas por el clero, sino que se apoderaron de las que el clero poseía, y se pusieron en su puesto; no establecieron supersticion, sino que sufocaron toda piedad; dicen que sembraron la mas pura doctrina, mas lo cierto es que bien pronto esta

doctrina hizo nacer el socinianismo, el deísmo, y otras veinte sectas diversas. Cuando todavía eran débiles, predicaron la tolerancia y vituperaron los medios violentos; pero luego que llegaron á hacerse formidables, recurrieron á los príncipes, á las leyes penales, y con frecuencia á la sedición y á las armas para avasallar á los católicos, arrojarlos ó hacerlos apostatar. Sus propios autores convienen en que en todas partes donde su religion es dominante, lo ha conseguido por la influencia de la autoridad secular.

4º Cuando Mosheim habló de las misiones que los nestorianos hicieron durante los siglos VIII, X y XI en la parte oriental de la Persia, en las Indias, en la Tartaria y en la China, de las misiones de los griegos en las orillas del Danubio, de las misiones mas recientes de los rusos en la Siberia, no ha hablado tan mal como de las de los latinos en el Norte. ¿Cuál es la causa de esta afectacion? Los predicadores rusos, griegos y nestorianos eran seguramente unos apóstoles mas santos que los misioneros de la Iglesia romana; por confesion misma de Mosheim, su cristianismo no era mas perfecto, ni sus progresos mas maravillosos. No leemos que ninguno de ellos haya padecido el martirio, mientras que centenares de predicadores católicos han sido sacrificados por los bárbaros. La suerte de estos operarios evangélicos no ha resfriado, sin embargo, la caridad de sus sucesores, puesto que ha durado por espacio de ochocientos ó novecientos años. Estos monjes, hácia los cuales Mosheim afecta tanto desprecio, y á quienes ha infamado en todos los siglos de su *Historia*, han caminado valerosamente por huellas de sangre de sus hermanos, y han arrostrado el mismo peligro. No es muy laudable el deprimir su celo apostólico, atribuyéndoles motivos humanos y absurdos.

5º Es una locura querer persuadirnos que la doctrina predicada á los infieles por misioneros griegos, no era la misma que la que enseñaban los predicadores latinos. Es constante que antes del siglo IX no hubo ninguna disputa ni division entre las dos iglesias relativamente al dogma ni al culto externo; que en los diversos concilios generales, celebrados por espacio de setecientos años, los griegos y los latinos firmaban las mismas profesiones de fe, y no se acusaban mutuamente de ningun error. Los protestantes mas preocupados dicen que los pretendidos abusos, de que nos hacen criminales, se introdujeron en el Oriente y en el Occidente durante el IV

siglo. Dios, sin embargo, no ha cesado de bendecir y hacer prosperar las misiones desde este mismo tiempo, y ha habido mayor número de pueblos convertidos al cristianismo desde el IV siglo que anteriormente. Por consiguiente, Dios hizo á su Iglesia mas fecunda desde que ha caído en el error, que no cuando su fe era mas pura. Hé aquí el misterio de iniquidad del cual nuestros adversarios quieren pedir cuenta á la Providencia.

6º En vista de estas reflexiones, nos sentimos tentados á considerar como una irrisión los elogios que Mosheim hizo de las misiones luteranas que los daneses establecieron en 1706, entre los indios del Malabar. Algo tarde es despues de haber trascurrido doscientos años desde el nacimiento del luteranismo; no importa, dice él. Segun nuestra historia, es la mas santa y perfecta de todas las misiones. Los catequistas que se enviaron allí no hacen, dice, tantos prosélitos como los sacerdotes papistas; pero los hacen mejores cristianos y mas semejantes á los verdaderos discipulos de Jesucristo.

Sin embargo, sabemos las razones que hubo para establecer dichas misiones, á saber: el interés del comercio, la rivalidad respecto á las demás naciones europeas, la vergüenza de aparecer indiferentes en punto á la salvacion de los indios, y algun tanto de envidia por luchar contra la influencia de la Iglesia romana. Unos motivos tan profanos no son nada propios para obrar prodigios; con efecto, los viajeros, testigos oculares, nos han hecho sabedores de lo que allí ocurre, y que comprueba cuanto acabamos de decir, y muchos han mirado estas misiones como una pura monada.

No sin fundamento vituperamos continuamente á los protestantes de que son los primeros autores del deísmo, de la incredulidad y de la indiferencia en materia de religion que reinan al presente en toda la Europa; con tal de que puedan satisfacer su odio contra la Iglesia romana, se les da bien poco cuidado de que sus calumnias recaigan sobre el cristianismo en general. Nuestros filósofos incrédulos no han hecho mas que copiarlos. Pero ya que el protestantismo no se ha conservado sino á causa de una animosidad obstinada contra el catolicismo, sus secuaces deben temer haberse abierto la tumba al inspirar la indiferencia para toda religion.

V. MISIONES.

**Notas de la Iglesia.** V. IGLESIA, § 2.

**Novacianos.** Herejes del tercer siglo, los cuales tuvieron por jefes á *Novaciano*, sacerdote de Roma, y á *Novato*, sacerdote de Cartago.

El primero, hombre elocuente y aferrado en la filosofía estóica, se separó de la comunión del papa S. Cornelio, bajo pretexto de que este pontífice admitía con demasiada facilidad á la penitencia y comunión á los que habian caído por debilidad en la apostasia durante la persecucion de Decio. Pero el verdadero motivo de su cisma fué la envidia por haber sido S. Cornelio preferido á él para ocupar la sede de Roma. Abusó del pasaje en que S. Pablo dice, *Hebr.*, vi, 4: «*Es imposible que los que han delinquido, despues de haber sido ya una vez iluminados y haber gustado de los dones celestiales, se renueven por la penitencia.*» En consecuencia, sostuvo que se debía negar la absolucion, no solo á los que habian apostatado, sino tambien á los que despues de bautizados, caian en algun pecado grave, tal como el asesinato y el adulterio. Como el error va siempre en aumento, los *novacianos* pretendieron luego que la Iglesia no tenia facultad para perdonar los grandes crímenes por medio de la absolucion.

Esta rigidez era tanto mas impropia por parte de Novaciano, cuanto que se le acusaba de haberse escondido en su casa durante la persecucion, y haber negado sus auxilios á los que padecieron por Jesucristo. Se le reprendió además por haber sido ordenado sacerdote, á pesar de la irregularidad en que habia incurrido al recibir el bautismo en el lecho durante una enfermedad, y haber despreciado despues la recepcion de la confirmacion.

Mosheim se esfuerza cuanto puede, aunque en vano, por paliar los errores de *Novaciano*, y hacer recaer una gran parte de ellos sobre S. Cornelio. *Hist. crist.*, siglo III, § 15, notas. Dice que este papa no acusa á su antagonista mas que de vicios propios de su carácter y de intenciones internas que solo son conocidas de Dios; que Novaciano protestó contra la injusticia de estas imputaciones. Pero este cismático habia hecho públicos los vicios de su carácter y sus motivos internos por medio de sus discursos y de su conducta; S. Cornelio estaba muy bien informado acerca de los unos y de las otras; las protestas de *Novaciano* eran desmentidas por sus procederes. Es cosa singular que los protestantes excusan siempre las intenciones de todos los enemigos de la Iglesia, y no hacen nunca justicia á las intenciones de sus obispos.

Novato, por su parte, sacerdote vicioso, se habia sublevado contra su obispo S. Cipriano, acusándole de ser demasiado rigu-

roso respecto á los *lapsos* que solicitaban reconciliarse con la Iglesia; y habia apoyado el cisma del diácono Felicísimo contra este santo obispo; amenazado con la excomunion, huyó á Roma, se unió á la faccion de Novaciano, y dió en el extremo opuesto al que habia defendido en Africa.

Mosheim tambien ha tenido por conveniente disculpar á este sacerdote, y lanzar una parte del vituperio sobre S. Cipriano, *ibid.*, § 14. No es posible aprobar, dice, todo cuanto hicieron los que resistian á este obispo; pero es incontestable que combatian en favor de los derechos del clero y del pueblo, contra un obispo que se arrogaba una autoridad soberana. Mas nosotros hemos hecho ver en otra parte, que estos pretendidos derechos del clero y del pueblo contra los obispos son quiméricos, y nunca han existido sino en la imaginacion de los protestantes. V. OBISPO, GERARQUÍA.

Estos dos cismáticos hallaron partidarios. Novaciano consiguió á fuerza de dinero que tres obispos de Italia le ordenasen de obispo; y de este modo llegó á ser el primer obispo de su secta, teniendo despues varios sucesores. S. Cornelio reunió un concilio de sesenta obispos en Roma el año de 251, en el que Novaciano fué excomulgado, los obispos que le habian ordenado fueron depuestos, y se confirmaron en dicho concilio los antiguos cánones, que mandaban se recibiese ó admitiese á la penitencia pública á los que habian delinquido, tan luego como manifestasen arrepentirse de su crimen, y que se redujese al rango de legos á los obispos y sacerdotes reos de apostasia.

Esta disciplina era tanto mas sábia, cuanto que mediaba una gran diferencia entre los que habian caído por debilidad y á causa de la violencia de los tormentos, y aquellos que habian apostatado sin ser atormentados; entre los que habian hecho actos positivos de idolatria, y aquellos que solo habian aparentado hacerlos, etc. V. LAPSOS. Por consiguiente era justo no tratarlos á todos con el mismo rigor, y conceder mas indulgencia á los que eran menos culpables. S. Cipriano, *Epist. ad Antonianum*.

A la verdad, se hallan en algunos concilios de aquellos mismos tiempos, particularmente en el de Elvira, celebrado en España al principio del siglo IV, cánones que parecen tan rigurosos como la práctica de los *novacianos*; pero se conoce evidentemente que no están fundados sobre el mismo error; siendo hechos en tiempos y circunstancias en que los obispos juzgaron que se necesitaba una dis-